

LA POESÍA O EL TIEMPO DE LOS DIOSES



Marina Casado (Madrid, 1989), doctora en Literatura Española y Periodista cultural.

“Todos somos prisioneros del tiempo”. Se me quedó grabada para siempre esa frase en la voz imponente de Fernando Fernán-Gómez interpretando al Conde de Albrit, en la adaptación que José Luis Garcí hizo en 1998 de *El abuelo*, de Benito Pérez Galdós. Yo no tenía ni diez años y todavía no había leído la novela, pero recuerdo que aquella película me fascinó –algo que nunca volvería a sentir con ninguna otra de Garcí–. Mucho tiempo después, cuando leí la obra original de Galdós, descubrí que, en

realidad, el personaje nunca llega a pronunciar esa frase, aunque sí desarrolla una profunda reflexión sobre el paso del tiempo, al caminar por los lugares donde transcurrió su juventud, acompañado por sus nietas:

*Esta hermosa Naturaleza fue mi nodriza.
No podréis comprender, niñas inocentes que
empezáis a vivir, cuán grato, y cuán triste
al mismo tiempo es para mí recorrer estos
sitios, ni cuánto padezco y gozo haciendo*

revivir a mi paso cosas y personas. Todo lo que me rodea parece a mí que me ve y me reconoce... y que desde el mar grande al insecto casi invisible, todo cuanto aquí vive, se queda en suspenso... no sé cómo decirlo... se para y mira... para ver pasar al desdichado Conde de Albrit.

Hay paisajes, olores y sabores que nos retrotraen al pasado igual que si el presente no existiera. Son trampas del tiempo, de nuestra frágil condición de seres humanos. Nuestro paso por el mundo resulta insignificante en comparación con el mundo mismo, y de ahí la desdicha de Rodrigo de Albrit cuando se percata de su propia pequeñez.

¿Cuándo comenzamos a tener constancia del paso del tiempo? Creo que coincido con Luis Cernuda al establecer como momento fundamental el final de la infancia. Afirma el poeta en “Escrito en el agua”:

Desde niño, tan lejos como vaya mi recuerdo, he buscado siempre lo que no cambia, he deseado la eternidad. Todo contribuía alrededor mío, durante mis primeros años, a mantener en mí la ilusión y la creencia en lo permanente: la casa familiar inmutable, los accidentes idénticos de mi vida. Si algo cambiaba, era para volver más tarde a lo acostumbrado, sucediéndose todo como las estaciones en el ciclo del año, y tras la diversidad aparente siempre se traslucía la unidad íntima.

Pero terminó la niñez y caí en el mundo. Las gentes morían en torno mío y las casas se arruinaban.

Dicen que los niños están deseando crecer. En cierto modo, debí de ser una niña muy sabia, porque me asfixiaba la idea de dejar atrás la infancia. Siempre he tenido más conciencia del tiempo de la que debería. A mis treinta años, contemplo aquella edad como una suerte de

paraíso perdido –y en esto coincido con Rafael Alberti, el poeta de la “nostalgia inseparable”– al que solo puedo regresar a través de los recuerdos. Seguramente la melancolía obedece a la seguridad de que mi infancia fue arrebatadamente feliz. En cada cumpleaños, mi deseo al soplar las velas era que el tiempo se detuviera y yo fuera niña para siempre. En mi imaginación, esto ocurría a partir de la llegada de un insólito meteorito a la Tierra. Uno como aquel que provocó la extinción de los dinosaurios...

Recuerdo un diálogo de *El tragaluz*, la obra en la que Antonio Buero Vallejo recreó un ficticio experimento en el que “Él” y “Ella”, dos investigadores del futuro, tratan de hacer una revisión del pasado con el fin de no cometer los mismos errores. Para ello, proceden a una reconstrucción visual y sonora de la historia de dos hermanos en la época de la Guerra Civil. El diálogo dice así:

MARIO.-Los niños no deberían morir.

LA MADRE.-(Suspira.) Pero mueren.

MARIO.-De dos maneras.

LA MADRE.-¿De dos maneras?

MARIO.-La otra es cuando crecen. Todos estamos muertos.

No puedo estar de acuerdo con el personaje de Mario; tal vez porque siento que aquella niña que fui continúa dentro de mi cabeza y sonrío con las mismas cosas que la hacían sonreír entonces, aunque se haya vestido con un velo de madurez que a menudo se quiebra. Creemos porque no nos queda más remedio, pero nuestro yo más profundo permanece. Debe irse adaptando a los nuevos tiempos, disfrazarse de cenizas, acostumbrarse a una cierta soledad. A medida que pasan los años, que desaparecen aquellos paisajes y personas que me vieron crecer, me convengo más firmemente de que llegará un momento en que, para recordar el pasado, solo podré mirar dentro de mí misma, igual que si el pasado fuera un sueño que len-

tamente se desvanece en el despertar.

Hay otro camino para el regreso y es el de la literatura. Lo descubrió Rafael Alberti cuando quiso recuperar el paraíso de su infancia o las tierras españolas perdidas en su exilio. Encontró en la poesía una forma de libertad atemporal, un refugio del reloj. Volviendo a Luis Cernuda, él también tuvo este mismo alumbramiento, aunque enfocado al futuro, y lo plasmó en un poema perteneciente a su obra *Como quien espera el alba*, un poema que a mí me estremeció desde la primera lectura. Me refiero a “A un poeta futuro”, en el que confiesa su soledad a un hipotético poeta futuro al que no puede conocer, porque todavía no ha nacido. Sin embargo, está seguro de su existencia: “Y entre los seres que serán un día / sueñas tu sueño, mi imposible amigo”. Es maravillosa la reflexión contenida en este poema:

*Todo es cuestión de tiempo en esta vida,
Un tiempo cuyo ritmo no se acuerda,
Por largo y vasto, al otro pobre ritmo
De nuestro tiempo humano corto y débil.
Si el tiempo de los hombres y el tiempo de
los dioses
Fuera uno, esta nota que en mí inaugura el
ritmo,
Unida con la tuya se acordaría en cadencia,
No callando sin eco entre el mudo auditorio.*

Ese “tiempo de los dioses” es el mismo que contemplaba Don Rodrigo de Albrit cuando escuchaba los idénticos pájaros que cantaban en su infancia. Cernuda encuentra en su condición humana un obstáculo para conocer a ese poeta futuro que un día habría de comprenderlo. Y sin embargo, ¡qué próximo lo he sentido yo leyendo los citados versos! ¿Existe algún momento más íntimo, más revelador y precioso que aquel en el que un poema llega directo al corazón? Se anuncia en forma de escalofrío y neutraliza el tiempo. Porque a mí, como lectora y poeta, me parece ver a Cernuda

ahí delante, frente al borrador del poema, sonriendo de medio lado, con esa timidez tan suya. Siempre lo he sentido cerca desde entonces, a él y a otros escritores de cabecera. De hecho, podría afirmar que han sido amigos mucho más íntimos que otros de carne y hueso, sobre todo en aquellas horas de gris adolescencia en las que mi natural introversión me suponía un obstáculo.

Mencionaba también antes a Rafael Alberti como el poeta de la nostalgia, el que halló en la literatura la forma de recuperar el pasado. Su poética es el reflejo de la pérdida continuada de sucesivos paraísos, lugares temporales, más que geográficos: la infancia en El Puerto de Santa María, la España de su juventud, Buenos Aires y Roma una vez terminado el exilio... Confesaba en su “Balada de la nostalgia inseparable”: “Siempre esta nostalgia, esta inseparable / nostalgia que todo lo aleja y lo cambia”. Su visión heraclítica –nunca te bañarás en las mismas aguas– lo condena a una idealización de lo perdido y a una consecuente frustración. La España de la Transición ha cambiado tanto que apenas le recuerda a esa otra de la Segunda República, cuando era joven y estaba lleno de sueños. Su lugar, siente, no está en ningún sitio –un sentimiento frecuente en los exiliados que regresan a su tierra–. Lo encuentra, como decía, en el poema: “Hoy las nubes me trajeron, / volando, el mapa de España”.

Este hallazgo es común en las obras de muchos escritores, cineastas, pintores. Recurrimos al arte con la esperanza de inmortalizar nuestros pobres recuerdos humanos. Todos aspiramos, de una u otra forma, en menor o mayor medida, a la trascendencia, que no es más que la demostración de que una parte de nosotros ha vencido al tiempo. Pero al tiempo nada ni nadie lo derrotan, porque es el verdadero gobernante del universo. Y nosotros, los dueños absolutos de la nostalgia. También está la idea de que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. O en palabras de Pío Baroja: “El pasado



no es mejor que el presente, pero está iluminado por una luz sugestiva y crepuscular que es tan poética como distinta de la cruda y amarga claridad que tiene el presente”. Algunos esto nos lo tomamos más a pecho que otros. Yo, por ejemplo, siempre digo que debí haber nacido en alguna década pretérita, como los felices años veinte. Me identifico con el protagonista de esa película de Woody Allen, *Midnight in Paris*, que cada noche se escapaba del presente para correr aventuras con Hemingway, Fitzgerald, Gertrude Stein, Dalí, Buñuel... Lo curioso, finalmente, es pensar que este mismo presente también se convertirá en pasado algún día y, como tal, será evocado con nostalgia.

Creo que es posible aspirar al “tiempo de los dioses” mencionado por Cernuda. Basta con que un poema te llegue al alma. Es la forma que tiene su autor de hablarnos, aunque hayan pasado muchos años desde su muerte.

Es una forma de inmortalidad, quizá la única –Quevedo diría que también el amor–. La poesía vive, respira y nos traslada a un universo etéreo, atemporal, en el que se encuentran todos los poetas de siglos distintos, escapando del reloj, igual que Federico García Lorca en aquellos versos:

*Me senté
en un claro del tiempo.
Era un remanso
de silencio,
de un blanco silencio,
anillo formidable
donde los luceros
chocaban con los doce flotantes
números negros.*

Y también, por qué no, seguir esperando al meteorito...